

La Europa de los Arquitectos versus la Europa de los Mercaderes

RAFAEL DE LA HOZ ARDERIUS, DR. ARQUITECTO

Ponencia General sobre la problemática de la profesión en la C.E. presentada en la Conferencia Internacional del Consejo Europeo de Arquitectos

Sean mis primeras palabras de reconocimiento al Consejo Europeo de Arquitectos por la confianza que comporta haberme encomendado iniciar la reflexión en común que esta Conferencia Internacional se propone. A todos, mi gratitud por tan grande consideración.

Estas ponencias generales se asemejan, en cierta manera, a aquellas figuras de horrendos animales que los hechiceros del paleolítico modelaban en arcilla con objeto de que los catadores de la tribu pudieran ensayar a dar llamadas en sus puntos letales hasta conseguir la destrucción del modelo.

Cuanto sigue no tiene pues otra pretensión que la de constituir una hipótesis de trabajo que destruir.

La bestia que en nuestro caso hemos de batir, se llama **europesimismo**. No faltan motivos de preocupación. En estos momentos la inteligencia de Europa se plantea alarmada los interrogantes que el tratado de Maastricht suscita.

¿Es un producto refinado de la Cultura Europea o una tácita renuncia a ella?

Nos encontramos ante el ineludible deber de encarar el desafío europeo, de tratar de resolver el enigma de nuestro incierto futuro, de predecir lo que se nos viene encima, descubrir a donde vamos o, mejor dicho, a donde nos llevan.

A las dificultades consustanciales con la enseñanza y práctica de esta profesión, se vienen sumando hoy aquellas otras derivadas del cambio de escala y asunción de pluralidad que conlleva nuestra pertenencia al Mercado Común Europeo.

Por añadidura viene emergiendo otro grupo de problemas, cuya causa aun no está bien identificada, que, por su desproporción o trascendencia, tienen a la profesión perpleja y presa de ansiedad. Dificilmente podría haber venido esta prueba en momento menos oportuno.

Margarite Yourcenar cuenta que una vez encontró, en una carta de Flaubert, esta frase inolvidable: *Los dioses no estaban ya, y Cristo no estaba todavía, y de Cicerón a Marco Aurelio, hubo un momento único en el que el hombre estuvo solo.*

En nuestro tiempo presente, muertas las ideologías y con una CE errante a la búsqueda de su alma extraviada, como el hombre de Flaubert, nos hemos quedado en situación de soledad.

Parece como si -y no solo en Arquitectura- el siglo XX hubiera sido un siglo perdido. Una centuria en la que florecieron todas las ideologías, pero también todas las ideologías sucumbieron. La última utopía es hoy la creencia en el final de las ideologías, de la historia. Soplan vientos de escepticismo.

Lo más grave que nos pasa, es que no sabemos lo que nos pasa -Ortega y Gasset- Nos encontramos en situación técnica de Crisis. El concepto de crisis se representa desde los viejos tiempos de Catay por dos ideogramas: Un kenjy significa Angustia, el otro Esperanza. Y etimológicamente quiere decir lo que va de la Angustia a la Esperanza, esto es: Decisión. Con lo que se concluye que dicha situación no es en si misma negativa, si no la antesala de la Creatividad.

Abordemos pues con una **creatividad bien informada**, pero también con todo pragmatismo, el sereno análisis de nuestras preocupaciones.

Que un problema bien planteado es problema ya medio resuelto.

En ese contexto, para que afloren todas las cuestiones pendientes o a fin de determinar aquellas que la mayoría de los arquitectos europeos estiman prioritarias o urgentes, el equipo **Sagne-Jochem**, del Consejo Europeo de Arquitectos, ha preparado un certero cuestionario comprensivo de los peligros y desafíos que enfrenta nuestra profesión en su nueva circunstancia europea.

Remitido a todas las organizaciones pertenecientes al CAE, la respuesta ha sido tan exhaustiva como inquietante. Por arquitectos y por europeos somos individualistas, variopintos y plurales. Nada más lógico, pues, que la gran variedad y riqueza de ideas recibidas.

Por lo que, pese a ese inefable denominador común o espíritu colectivo que, más allá de las nacionalidades, nos identifica como seres pertenecientes a una misma especie cultural -diversidad y unidad a un tiempo- habría sido particularmente difícil sintetizar lo que los arquitectos esperamos de Europa.

Por contra, jamás habríamos podido sospechar lo fácil que resultaría descubrir aquello que Europa demanda de nosotros: **que trabajemos a cambio de lo menos posible y que nos pongamos a las ordenes de la Contrata.**

El que, como veremos, la Arquitectura sufra las consecuencias, parece no importar. Esta es la cuestión: **Delenda Arquitectura.** Sentenciados a la pura y simple desaparición, quedan también los arquitectos.

Y lo que es particularmente grave pues, -hay que decirlo- tan importantes o más que la Arquitectura, son los hombres que la hacen.

Son graves los problemas que acosan al ejercicio libre de nuestra profesión, pero todos palidecen ante este dilema existencial, hamletiano, que la política comunitaria nos impone. No responde la misma a filosofía, teoría o pensamiento superior alguno.

Llegado con Maastrich el momento de adjuntar al Mercado Común una política europea, ésta nace vacía de inspiración, de ideales, de prestigio.

No posee **alma mater** ni se le conoce padre responsable. Detrás no existe nada. Es una Europa anónima, sin rostro, ni signo alguno.

La única realidad que parece existir es la creencia, casi ideológica, en el libre mercado, la sacralización del monetarismo convertido en el **becerro de oro** universal.

De acuerdo con Finkelkraut *ya no hay políticos de derechas o izquierdas. Solo quedan tecnócratas con reflejos de clase* poseídos por un entusiasta materialismo contracultural, dedicados en exclusiva a reducir la inflación y aumentar el crecimiento.

La sensación de desaliento, de imposibilidad de dominar el problema en su complejidad, sobreviene cuando descubrimos que la Competitividad que se nos reclama no lo es por la Calidad, sino solo por los intereses materiales de las Grandes Compañías.

Y la desazón surge cuando terminamos descubriendo que la Europa que estamos construyendo no es la Europa de la Cultura sino la Europa de los Mercaderes. Que no es ajeno que hayamos ya logrado ascender a Comunidad Europea.

Que seguimos siendo tan solo un simple **Mercado Común.**

No es el **reino de la razón**, que decía Hegel, ni el **continente del espíritu** de Gonzague Reynolds.

No nace de la poética inspiradora de J.S. Bach, Camoens o Yeats; Bruegel, ó Francisco de Asis. Tampoco de la luz- intelectual de otros Descartes, Platón, o Newton; Erasmo o Kant. Sino del monetarismo, hórreo de emoción, de estotros Laffer, Pinochet, Friedman o Thacher. Sino del monetarismo, hórreo de unión.

En esta circunstancia la figura del profesional liberal desentona, no encaja, su talante independiente molesta y su moral ofende.

El sentido común de los mercaderes aconseja eliminarlos de escena, someterlos a su poder económico. Pero volvamos a nuestro análisis.

Veamos como, al final de las síntesis realizadas, nos encontramos con una terna de temas rectores que, por su trascendencia para nuestro oficio, polarizan hoy nuestra atención.

Hemos constatado que una de las exigencias que el Mercado Común pretende de los arquitectos liberales es que estos trabajen a cambio de honorarios **bajo mínimos** y, si se tratara, por honorarios nulos. Para ello la consigna dada es fomentar la insolidaridad someter los arquitectos a competitividad salvaje.

A tal fin los expertos han utilizado dos recursos clásicos: inundar el mercado de **mercancías -arquitectos-** y saldar los **precios-honorarios.**

El primer objetivo ha exigido una previa operación, -hoy casi consumada-, consistente en la **Masificación de la profesión.**

Los orígenes de la masificación hay que buscarlos en la Europa de finales de los sesenta. El gran desarrollo económico había desbordado la demanda de arquitectos. Con una población profesional dimensionada para parámetros económicos inferiores recordemos que el número **necesario-suficiente** de arquitectos de un país es función lineal de su **Producto Nacional Bruto**, la avalancha de trabajo superó con creces la capacidad operativa de los profesionales existentes.

La calidad del trabajo se resiente, los arquitectos devienen nuevos ricos y las vacaciones se disparan. Hijos y sobrinos de todos y -lo que es más grave-, de mis propios clientes, comienzan a estudiar Arquitectura.

Un reputado profesor de la E.S.A.M. me confiaba por entonces: *puede que no le lo creas, Rafael, pero te doy mi palabra de honor de que tengo un amigo que tiene un hijo que no estudia Arquitectura.*

Cuando ya se estaba a punto de restablecer el equilibrio ecológico, surge Mayo del 68 y con el un nuevo aliento a la masificación universitaria.

El pánico que recorrió la columna vertebral de los políticos europeos ante aquella masa estudiantil sublevada, -sin saber bien por qué-, los indujo, -sabiendo bien por qué- a desmontar la selectividad de ingreso en las Facultades y a reducir drásticamente la duración de los estudios, sacrificando la Universidad en aras de la demagogia.

Se inventa el prepóstero **Universidad de masas** y la excelencia y el mérito quedan desterrados. Los economistas se sienten satisfechos: El costo de producción de la **unidad arquitecto** se ha rebajado en proporción directa a la duración de la carrera. Los políticos respiran tranquilos: Recortados los estudios superiores ya no habrá clasismos ni se repetirán insurrecciones.

Tucidides explica muy elocuentemente esta extraordinaria relación causa-efecto: en cierta ocasión entrevista a un Sátrapa. Con el desparpajo típico de aquellos historiadores periodistas de la Grecia Clásica, le espetó *He comprobado que su pueblo le odia y, no obstante, su Excelencia se mantiene desde hace décadas en el poder. ¿Cómo lo consigue?*. El tirano guardó silencio. Momentos después le insto a dar un paseo por su jardín. Al pasar ante una rosaleda se detuvo; una hermosa rosa sobresalía esplendorosa sobre el macizo. Extendió la mano, la segó, la aplastó entre sus dedos y se la ofreció a Tucidides. Esta fue su única y expresiva respuesta. **Vieja raza ésta de Gobernantes.**

Quizá por ello ninguno levantó su voz cuando se decidió degradar la Universidad y con ello poner límites al crecimiento intelectual, techo al desarrollo del hombre.

Ya en el XVIII, sus antepasados, del Claustro de la Universidad de Cervera aseguraban complacientes al monarca absoluto Fernando VII: *Lejos de nosotros, Majestad, la funesta manía de pensar.*

Por lo demás, en varios países de la CE, los estudios de arquitectura se han reducido a cuatro años -menos de la mitad de lo que fue habitual en algunas universidades-. Y aun debe empeorar. Existe el cero absoluto: la Directiva europea de arquitectura concede a ciertos Jefes de Estado el poder jupiterino de transformar en arquitecto, de repente, a quién le peta -Basta con que proclame su voluntad-.

En esta cultura del **instant-architect**, como en la del **fast-food**, hay algo que no encaja del todo. La arquitectura no es tan solo un arte. Precisa de unas técnicas instrumentos para materiales la ideación -único modo posible de actividad-. No es poca cosa la información tecnológica que para ello se precisa.

Según Vitruvio, hace ya 2345 años, Pithius, autor de una de las siete maravillas, -el mausoleo de Halicarnaso- comentaba que *aún comenzando desde niño la complejidad de conocimientos que el arquitecto requiere es tal, que una vida entera no resulta suficiente para adquirirlos.*

Tal vez por ello, a diferencia de la Música, en Arquitectura jamás hemos tenido genio alguno a los seis años de edad. Pero aun hay más. Cierto que, además de arte, la Arquitectura es ciencia, pero eso no es todo. Por sobre ambas, la Arquitectura es Cultura y no otra cosa que Cultura. Algo que puede ser aprendido, pero difícilmente enseñado. Porque para la tarea de impregnarse de conoci-

mientos, de digerirlos y pasar de la erudición a la sabiduría, para poder asimilar la cultura, es imprescindible el factor tiempo.

Este fenómeno posee cierta semejanza con la crianza de los buenos vinos por lo que tiene de paciente espera.

Los ingeniosos japoneses han desarrollado un tren de fabricación que acepta uva por un extremo y destila vino gasificado por el otro. *No logro acordarme de la marca.*

Personalmente estimo que este espumoso difícilmente admitirá comparación con un buen Champagne de Reserva sosegadamente criado. No es sabio tirar de las hojas de la Rosa para que estas crezcan. La Rosa rompe.

Tampoco en arquitectura caben cursillos acelerados. Atrapados en el problema imposible de adaptar los planes de estudios al insuficiente tiempo de enseñanza disponible, los claustros de las Escuelas se encuentran hoy divididos entre **humanistas** y **tecnólogos** Cada grupo tratando de concluir al otro. Peligroso planteamiento.

Cuando me dan a elegir entre A o B -decía Lyauteyes que sin duda debo escoger A + B. No hay más dilema, tan solo una fugaz falta del tiempo preciso para la enseñanza debida. Sin embargo, lejos de ir solucionándose, la cuestión parece agravarse aún más. Sobre todo por la realidad arribada de otros nuevos y poderosos amigos de la masificación. Los técnicos que consideren la Arquitectura como una mercancía cualquiera. Es para ellos imperativo reducir todavía más la duración de los estudios para así provocar una explosión demográfica, dispar el número de arquitectos más allá de la capacidad de soporte del mercado hacer que la oferta exceda a la demanda y derrumbar los precios.

Exacerbando la lucha por la supervivencia esperan llevar hasta límites insospechados la competitividad profesional.

De momento nos encontramos con cerca del triple de los arquitectos que según la UIA. son precisos en el Mercado Común y, lo que es mas alarmante, con una cifra análoga de estudiantes.

Por primera vez en la historia empiezan a salir de las Universidades Europeas generaciones peor preparadas que los de sus padres. La calidad del producto **arquitecto** está lejos de ser óptima.

Paradójicamente, pretendiendo crear arquitectos más competitivos tan solo se ha logrado producir arquitectos menos competentes.

La compleja formación de los arquitectos, no es ocioso repetirlo, exige una duración mínima irrebasable.

No compete a los políticos, y menos a los economistas de mercado, la determinación de ese precioso espacio de tiempo. Conclusión esta, que hoy compartimos con Universidades, Academias, Institutos Profesionales y otros asentamientos de cultura.

Pero volvamos a nuestro análisis: Veíamos antes que para aminorar los honorarios de los arquitectos se había planeado, además de masificar la oferta de estos, impulsar el desplome de precios **liberalizar los honorarios**, eufemismo que significa no poner límite alguno -material o deontológico- a reducciones de honorarios aun por debajo de costos.

Como si de una barra de pan se tratase en expresión textual del Presidente del Tribunal de Defensa de la Competencia de este Reino.

Se trata de la segunda gran **operación: Minimalización de honorarios.**

Para predecir los resultados de la política de **liberalización de honorarios** no es preciso especular sobre leyes monetaristas. Tenemos dos inestimables experiencias a tamaño natural. El primer ensayo se realizó en Chile bajo el mandato del general Augusto Pinochet. Milton Friedman asistido por un grupo de discípulos -ascendidos a ministros y popularmente conocidos por los **Chicago Boys** recibió el inusitado encargo de aplicar sus teorías a escala nacional, junto con el extraordinario poder de eliminar todo obstáculo que distorsionara el escenario ideal para el éxito de la empresa.

Poner un país entero en manos de unos economistas carecía de antecedentes. Era la ocasión de oro para saltar de las hipótesis de laboratorio a la experiencia en vivo.

La **liberación de tarifas** que nos ocupa, no sólo se aplicó a los arquitectos, sino que alcanzó - como la teoría mandaba- hasta los taxímetros. Nada que hubiera de hacerse dejó de ser hecho. Años después la economía del país se había hundido.

Friedman se quitó de en medio dando por toda explicación del fracaso el que, aunque ciertamente había gozado de todas las condiciones ideales para el triunfo de su experimento, el dogma del libre mercado no admitía excepción alguna y, sin embargo, había habido una: que su **sponsor**, el Presidente, **no había sido elegido democráticamente**. El argumento debió convencer a algunos de sus más incondicionales admiradoras. Sólo así se explica la reincidencia en prohibir las tarifas de los arquitectos, esta vez en el Reino Unido, bajo la autoridad de la Premier Mrs. Margaret Thatcher.

Los efectos no se han hecho esperar: Consecuentes con la oportunidad de obtener proyectos a precios de saldo, antes de acometer una nueva promoción los clientes convocan oportunos concursos de honorarios. Han oído bien: Concursos de honorarios, no de proyectos. Estas subastas a la baja son sistemáticamente ganadas por equipos de profesionales que ofrecen sus servicios por **zero fees** que en inglés quiere decir **nada**.

Por supuesto la Administración es la primera que se encuentra moralmente obligada a dar ejemplo convocando estas licitaciones con el riesgo inherente de tener que adjudicarlas a individuos capaces de trabajar por nada.

Trabajar dignamente remunerado significa libertad, hacerlo a cambio de medallas era propio del comunismo, trabajar por nada se llamó siempre esclavitud. Y difícilmente pueden conciliarse esclavitud y democracia.

Tal vez por esta razón, desde siempre, hasta en las subastas de obras, se suelen fijar unos niveles mínimos de ofertas para evitar lo que, en el argot profesional, se denominan **bajas temerarias**.

Si en el futuro hubiéramos de llegar a la misma conclusión en lo referente a los honorarios, habríamos reinventado las hoy cuestionadas **tarifas mínimas**.

No es hipótesis improbable. Bastará un poco menos de fanatismo monetarista.

Recordemos aquella sabia sentencia árabe *Quien decide comprar la leche a mitad de precio, sepa que está mercado más de la mitad de agua*

En la prosaica economía de mercado no existen divinos milagros. Todo lo mas tenemos aquellas **invisibles manos del mercado** a que aludía Adam Smith.

Digámoslo sin rodeos: no estamos totalmente seguros de que esos profesionales del **zero fees** sean del todo unos ángeles y, ya que no el cliente, son las invisibles manos de los suministradores, o de la propia contrata, las que se ven obligadas a restablecer el orden del sistema, abonando opacas **comisiones** a dichos sujetos y a repercutir después su coste en el de la obra, por supuesto en convivencia con estos.

Una vez más el cargo lo pasa la calidad de la construcción y la factura la paga el sufrido consumidor. Pero no se alarmen. No voy a moralizar.

Existen diversas clases de moral. A fin de cuentas **moral** solo significa **costumbre**.

En la moral **sui-generis** del mercader, percibir una comisión, no solo es lícito, sino saludable, es lo que acostumbra. Es lo suyo.

Pero la Arquitectura no es un negocio, el arquitecto no está formado para comerciar, no es un mercader, no tiene **moral de mercado**, sino una estricta ética profesional. De hecho un buen profesional suele ser un pésimo negociante. No caben componendas.

El que un arquitecto perciba comisiones y precisamente de quienes ha de controlar, tiene la calificación legal de cohecho, ética de soborno y moral de corrupción. Y nada ni nadie posee el endiablado derecho de inducir a nadie, ni a nada, a situaciones de perversión.

Cuando el Sumo Hacedor nos enseña a rezar, sabiendo de la frágil condición humana, nos aconseja que le supliquemos: *Et nec nos inducas in tentationem*, -con lo que viene a decirnos que, es tal nuestra debilidad, que ni siquiera podemos admitir la hipótesis de ser tentados.

(Perdonen la cita en latín, pero el **dictum** es tan severo que está dulcificado en todas las traducciones que conozco).

Este inalienable derecho a rogar a los dioses por nuestro bien comporta la ineludible obligación de exigir a los gobernantes que eviten nuestro mal.

Tanto más cuanto, pese a que la excepción de una sola persona justificó al parece el fracaso chileno, los arquitectos son los únicos intervinientes en el hecho edificatorio sometidos a este régimen de nanonización de emolumentos.

Agravio comparativo que, en una democracia, es consecuencia tan lógica como impresentable.

En efecto: A diferencia de los beneficiarios de los **salarios interprofesionales mínimos**, periódicamente negociados por los sindicatos, a los profesionales no les cabe promover **Jornadas de huelgas disparatadas desincentivadora de la inversión**. El presidente del TDCE dixit.

Pues, como decía Maurois a los **hijos de Marta** no les está permitido hacer lo que a los **hijos de María**

Los arquitectos simplemente no podemos hacer huelgas. Ni siquiera sabríamos evitar que la Arquitectura hiciera por su cuenta la suya propia.

Una lenta, invencible huelga de calidad y habitabilidad cuyo negativo éxito, con estas medidas que premian la incompetencia y la corrupción, es harto probable.

Acabará dañada la Arquitectura y con ella su resultado: la ciudad, la **civitas**, matriz de la civilización.

Es paradójico que, tratando de conseguir una Arquitectura más barata, el precio que haya que pagar sea, literalmente, tan caro.

Resta todavía por analizar la última renuncia que el Mercado Común exige de los arquitectos.

Considerados éstos un serio obstáculo para sacar partido de la **capacidad de construir barato** que dice de sí misma tener la Contrata, se adopta la fórmula de invertir el clásico orden jerárquico Arquitecto-Contratista quedando éste en libertad de hacer y deshacer.

Tercera y última gran operación que, en términos marciales, bien podría merecer el nombre clave de **III Degradación del Arquitecto**.

Desde tiempos de Hamurabi, toda edificación precisa la intervención de la terna de actores: **Propiedad, Arquitecto y Contratista** quienes, respectivamente, promueven, dirigen y realizan la obra.

Este reparto de funciones ha demostrado ser insustituible por dos razones básicas:

En primer lugar porque es imposible -en términos de eficacia- fundir en una sola las figuras del Arquitecto y del Contratista.

Quien ha tenido alguna vez que ser constructor de su propio proyecto ha probablemente experimentado la incómoda sensación de que su mente en **situación de contratista** -guiada por la sola búsqueda del beneficio- es del todo incompatible con la **mente de arquitecto** presidida por más y más complejos argumentos.

Cabe, no sin esfuerzo, alternar ambas mentalidades, pero no es posible simultanearlas.

De ahí que los códigos deontológicos, desde siempre, prohibieran al arquitecto ser, para terceros, Contratista de sus propios proyectos.

La segunda razón es más prosaica: Si no existe un control del Contratista, éste tendría que fiscalizarse a sí mismo. Y no es cosa fácil para ningún mortal auto-penalizarse. (El culto a la diosa Cibele se extinguió por la desconsiderada ley que obligaba a sus sacerdotes a castrarse con su propia mano).

Sin embargo una directiva **ad hoc** europea consagra la fórmula de los concursos tipo **Concepción-Construcción**, en los que la Empresa Contratista oferta no solo la construcción, sino hasta el proyecto de su arquitecto, profesional por ella contratado y por tanto a sus órdenes directas.

Los baremos oficiales para la evaluación de dichos concursos son alarmantes: 1º Precio, 2º Plazo y 3º Tipo de construcción. No sigue la lista. El mensaje subliminal es un embrutecedor: *Olvídese de la Arquitectura, de la calidad de vida. Solo el precio importa.*

El trinomio Cliente-Arquitecto-Constructor queda reducido al **pas-de-deux**: Cliente-Contratista.

Destruir la necesaria independencia del Arquitecto para, invirtiendo el orden secular, someterlo al dictado de la contrata, degradarlo jerárquicamente, supone abandonarle en condiciones impeditivas para cumplir con sus responsabilidades de proyectista o de director de obra.

Por otra parte, dejar incontrolado al contratista, único presunto beneficiario de toda baja calidad constructiva, no solo es imprudente sino, como antes veíamos, algo de más que dudosa moralidad.

Difícilmente cabe concebir sistema más aberrante y contradictorio: En nombre de un peculiar liberalismo se hace cautivo al profesional liberal. Invocando la eficacia se propicia la chapuza, paradigma de toda ineficacia.

Consecuencia ineludible de esta fórmula es, además, una nueva baja de calidad conceptual, esto es, de la calidad de vida, lo que supone el trágico precio final que ha de pagar el Consumidor a cambio de la bonanza del Contratista.

Para que Vd., señor contratista pueda tener ese Ferrari, tengo yo que tener estas goteras.

Viejo humor negro, ingenioso pero incompleto, pues en su contexto materialista, los aspectos humanísticos, artísticos y estéticos de la Arquitectura ni se citan porque ni siquiera importan. Pero, como diría Kipling, esto es ya otra historia.

Volvamos, pues, a nuestro análisis y recapitemos las conclusiones obtenidas: Como previamente hemos visto, las tres grandes operaciones acometidas por el M.C.: Masificación profesional, Minimalización de honorarios, Degradación del Arquitecto. Generan respectivamente: incompetencia, corrupción, y dependencia.

Factores que se contraponen, término a término, con los tres grandes principios morales que, según nos recuerdan nuestros amigos galos, son para nosotros imperativos y conforman la **Etica Profesional Liberal**: todo arquitecto ha de ser ejemplar por su **Competencia, Honradez, e Independencia**.

Consecuentemente, la gran síntesis de la proyección realizada es que el objetivo final que la C.E. se ha propuesto destruir resulta ser el corazón mismo de nuestro código moral.

En otras palabras: condenado a una formación profesional insuficiente, forzado a una competencia profesional viciada, inducido a un clima de corrupción, y privado de su necesaria independencia frente al Contratista, el Arquitecto devendrá técnica y moralmente irresponsable, por tanto inútil y del todo prescindible. La crisis que enfrentamos no es pues solo filosófica, sino también moral y hasta existencial. Este es, en nuestra opinión, el diagnóstico de la enfermedad.

Su etiología, el verdadero peligro del Mercado Común, como ya se vislumbraba, hay que buscarlo en su propio enunciado, en su mediocre condición de solo mercado, en la reglamentación de nuestra existencia por una casta de eurócratas fundamentalistas del monetarismo para los que la Arquitectura no pasa de ser una mercadería más. Y nada más temible que los grandes simplismos.

Decíamos antes que la Arquitectura es Cultura. Y pocas cosas, también, más difíciles de definir, de entender, y por tanto de amar, que la Cultura.

En una reciente encuesta europea para determinar los 10 principales factores que deciden la compra de una vivienda, la Arquitectura ocupa el octavo lugar.

Con una sociedad progresivamente desculturizada, no es de extrañar que se hayan alzado con el poder sus más genuinos responsables.

Decía De Miguel que: *La cultura es la señora de la casa y la política tan sólo la sirvienta. Lo que pasa -añadía- es que los políticos, que son los novios de la criada, le han dicho a ésta que es más guapa que la señora y, entre los dos, la han echado fuera de casa.*

Algo parecido a las fiestas saturnalias en las que los esclavos romanos, por espacio de dos días, asumían el rol de los patricios y éstos el de aquellos.

Pero cuando dicha diversión, o inversión de valores, va más allá de lo lucido, resulta insoportable pesadilla.

Llamemos las cosas por nombre y habremos empezado a despejar las incógnitas de problema. Los políticos, los burócratas, mercaderes y monetaristas no son nuestros líderes, tan solo son nuestros sirvientes. Como sirvientes de nuestros clientes también lo somos los arquitectos.

Atacados pues, y precisamente por quienes tenían la obligación de defendernos, en la esencia misma de nuestro espíritu profesional, nos encontramos con el dilema de, supuestos éstos invencibles, **pasamos**

al enemigo, o, convencidos de que armados de la razón los invencibles somos nosotros, **plantarle cara**. Que no hace falta vencer para tener razón, basta tener razón.

Creo que forma parte de nuestro substrato cultural europeo aquella prudente pauta de comportamiento que reza: *Dios me conceda la serenidad precisa para aceptar aquellos problemas cuya solución no dependa de mi, el coraje necesario para encarar aquellos otros que yo pueda resolver y suficiente sabiduría para distinguir los primeros de los segundos.*

En la primera de estas hipótesis cabría la resignación de pasarse al enemigo y tratar de sobrevivir asumiendo las nuevas reglas de juego.

Olvidarnos de nuestros estrictos códigos deontológicos y, convertidos en unos mercaderes más, tratar de aceptar la moral de éstos.

El precio de este travestismo ético sería la desaparición de nuestra profesión tal como hoy la conocemos. En tal caso cabe la súplica de Fukuyama: *Si la Arquitectura liberal ha de morir, concédase al menos al reo su última voluntad.* Esta bien podría ser: *Declárese al arquitecto liberal especie en vías de extinción.*

Así, al menos aquel, consciente de su nueva realidad, podría acastillarse moralmente en espera de un mañana mejor. No sería la primera vez tenemos antecedentes próximos: En la República Popular de Bulgaria, un arquitecto solía percibir por su trabajo menos que el salario de un maquinista de construcción por la sencilla razón de que si éste no estaba satisfecho podría deteriorar la costosa máquina a su cargo.

Cierto día mis viejos amigos, los Dobrev de Sofía, me invitaron a una entrañable fiesta familiar para celebrar la graduación **cum laude** del hijo mayor. Había motivo de orgullo ya que dichos estudios se encontraban entre los más exigentes de toda la Europa socialista. Mientras escuchaba un excelente concierto de violín ofrecido por el nuevo colega, me preguntaba que le podía haber impulsado a realizar tan largos e intensos esfuerzos para, al final, verse menos recompensado que un simple operario. No pude resistir el impulso de formularle la cuestión. Jamás olvidaré su respuesta: *Comprenderás -me dijo- que es una pregunta que amenudo me he hecho a mí mismo".*

La única cuestión plausible que he encontrado es que si yo no fuera arquitecto, sería muy desgraciado.

Y tras un corto silencio concluyó: *lo mas irritable es que el sistema conoce esta debilidad nuestra y especula cínicamente con ella.* Curiosa convergencia de sistemas.

Esta actitud de fortificarse en la vocación y sentarse a la espera de ver pasar el cadáver del enemigo es la otra posible respuesta pasiva. Pero aunque nos queda examinar la viabilidad de la alternativa de no resignarse a perder la batalla sin darla de tener

el coraje de encarar la solución sin dejarse amedrentar por ella. De reaccionar y enfrentarnos con todas nuestras potencias a los responsables de este nuevo y zafio **Rapto de Europa**.

Pensemos que, como dicen los germanos *A quien se encuentre mojado en el fondo de un pozo no ha de preocuparle demasiado lo que debe de hacer: El primer paso que dé necesariamente le conducirá a la salida.*

Comencemos por comunicar a esos secuestradores que no nos gusta su proyecto. Que la saturación ha durado demasiado. Que nosotros los artistas, pensadores, y cuantos profesionales formamos el alma de nuestra común nación, no podemos ser excluidos de ella. Que volvemos a ocupar nuestro puesto en esta hermosa, limpia y apasionada aventura llamada Europa. Donde la vida no se mide sólo por parámetros monetaristas. Ni el exilio es siempre el triunfo del más fuerte.

Que somos europeos -y por ello amantes de nuestra común Cultura. Que somos profesionales liberales -y por tanto amamos la libre Competitividad. Pero Competitividad por la Calidad y para la Arquitectura como expresión cultural. Valores ambos irrenunciables, no negociables. No estamos desarmados: colectivamente hemos constituido a tiempo el primer Consejo Profesional Europeo colaborando así al proceso de creación de la C.E.

Dicha organización representativa de 260.000 profesionales constituye en sí misma una fuerza política; con entidad suficiente para hacerse escuchar y atender en todos los lobbies foros y centros de decisión de la C.E. Tampoco estamos solos. Otras Profesiones liberales también se resisten a ser manipuladas.

Las academias están seriamente alarmados por el proceso de aculturización acometido, las Universidades se cuestionan si volverán a ser la cuna del saber, guía del espíritu y motor del progreso.

El CAE bien podría ser el catalizador de la inteligencia europea en este empeño. No será la primera vez que las más altas instancias acudan en nuestra defensa. Ya en el **Siglo de las Luces** el Rey de España denunciaba a la nación. *El riesgo continuo que corre la Arquitectura de viciarse por el escandaloso número de idiotas que se atreven a entrar por codicia en su Santuario.*

Arrojemos, pues, a los idiotas del templo, y habremos empezado a salvar ese objeto de nuestros desvelos que es la **Arquitectura**. Una vez más demasiado no es bastante.

Elijamos con Lyautey A+B. La respuesta por activa y por pasiva. De este modo nuestra determinación se verá además multiplicada por la invencible fuerza de la vocación

Decía Unamuno que hay tres clases de zapateros: *el que fabrica zapatos por dinero, el que los elabora para llegar a ser famoso y aquel que lo hace para que se encuentren más a gusto los pies de sus clientes. Solamente a este último se le echa de menos después de muerto, -concluía-*

Válganos pues en esta contienda nuestra vocación de ordenadores del espacio para el bienestar del hombre - pies incluidos - que no otra cosa es la **Arquitectura**.

A fin de cuentas, combatir, sacrificar todo por lo que se ama, servir -la palabra más bella que existir por ello recordados y trascender, es lo que en verdad importa.

Va en ello nuestra razón de ser.

